

III Domingo de Pascua

Hechos de los Apóstoles 3,13-15.17-19; 1 Juan 2, 1-5; Lucas 24, 35-48

« ¿Por qué os alarmáis? ¿Por qué surgen dudas en vuestro interior?»

22 Abril 2012 P. Carlos Padilla Esteban

«Necesitamos vivir en el presente. Y más aún en este tiempo pascual en el que Cristo se aparece a los suyos en el presente, en un momento concreto, y les da su paz»

Merece la pena vivir la vida, cada segundo, cada regalo. Aunque a veces el dolor, el miedo, el pecado o las dudas, puedan envolverlo todo y quitarnos la esperanza. Hay muchas personas que viven siempre autocompadeciéndose, sin perdonar la vida que llevan, sin aceptar la realidad con sus cruces y dolores. El otro día leía lo importante que es acotar esa cuota de insatisfacción que todos llevamos en el alma. Es necesario poner un límite a nuestro desánimo y a nuestras quejas: «Pensé en todas las personas que yo conocía que se pasaban muchas horas del día sintiendo lástima de sí mismas. ¡Qué útil sería establecer un límite diario a la autocompasión! Unos pocos minutos lacrimosos y después a seguir adelante con la jornada»¹. No podemos vivir la vida llenos de amargura, porque el desánimo se contagia con facilidad. No hay nada más difícil que convivir con personas que no ven nunca nada positivo en sus vidas, que descubren la mancha que pasaba desapercibida para otros y se quejan de no recibir todo el amor y la admiración que merecen. Viven insatisfechas con su vida y anhelan una felicidad que nunca les llega. Sabemos que la felicidad es un don que se recibe sólo si no la buscamos en el futuro: «La felicidad llega cuando sabemos disfrutar de lo que tenemos, no soñando con el mañana, sino sabiendo vivir el hoy. Atesora cada momento de tu vida y recuerda que el tiempo no espera por nada», decía una persona. Por eso hablamos tanto del presente. Los niños viven en presente sin ninguna dificultad. La madre de una niña enferma escribía: «Para ella no existe el «nunca jamás» o el «para siempre». Vive el instante presente»². Es así, necesitamos vivir en el presente. Y más aún en este tiempo pascual en el que Cristo se aparece a los suyos en el presente, en un momento concreto, y les da su paz. Leía hace poco: «Creo en estar plenamente presente. Eso significa que debes estar con la persona con la que estás. No pienso en lo que voy a hacer el viernes. Estoy hablando contigo, estoy pensando en ti»³. Por eso no es bueno esperar siempre el momento perfecto para hacer las cosas, porque lo perfecto nunca llega y perdemos oportunidades para hacer el bien. Y luego caemos en lamentaciones por el tiempo desaprovechado, pero es imposible que podamos recuperarlo. **Constatamos nuestra incapacidad natural para hacerlo todo bien, y, sin embargo, nos amargamos descontentos por esa imperfección ineludible, sin aceptar la realidad tal y como es.**

Dios nos habla en el presente y se manifiesta cada día para cada cosa. Sin embargo, el hombre de hoy ha perdido la capacidad de ver a Dios en su vida, no se encuentra con Él, no lo toca en cada instante. Sólo cree en aquello que puede tocar y ver, en lo que tiene una explicación lógica y no cree en un Dios que conduzca la historia y se manifieste en cada momento. Cuesta creer en un Dios que conduce guardando silencio y nos guía

¹ Mitch Albom, “Martes con mi viejo profesor”, 75

² Anne-Dauphine Julliand, “llenaré tus días de vida”, 66

³ Mitch Albom, “Martes con mi viejo profesor”, 156

respetando al máximo nuestra libertad. El hombre de hoy ha dejado de ocuparse de Dios porque siente que Dios se ha olvidado de los hombres. Decía Benedicto XVI: «*Ésa es la máxima del mundo moderno: -Dios no se ocupa de nosotros, tampoco nosotros nos ocupamos de Dios. Y, consecuentemente para ellos, la pregunta sobre la vida eterna tampoco cuenta para nada. Las obligaciones que teníamos ante Dios y el juicio divino han sido suplantadas por las que tenemos ante la historia y la humanidad*»⁴. Es como si a Dios el hombre ya no le importara mucho. Observa todo como un espectador mudo, incapaz de intervenir. Así es como el hombre ha perdido el sentido de la vida que nos transmite Platón: «*Nada sucede por casualidad, en el fondo las cosas tienen su plan secreto aunque nosotros no lo entendamos*». El azar, la suerte, la casualidad, forman parte de la vida del hombre alejado de Dios. Mientras que para nosotros, que sí creemos en un Dios que nos conduce, vemos cómo interviene y descubrimos su plan de amor detrás de tantas incomprensiones. Decía Einstein: «*El azar es el disfraz que Dios elige cuando desea pasearse de incógnito*». La misma reflexión aparece en la película Maktub: «*Cuando en nuestra vida nos sucede una coincidencia asombrosa. ¿Qué pensamos? Que es una casualidad sin importancia o al contrario, decimos, Maktub, era algo que ya estaba escrito en nuestro destino, tenía que ocurrir*». Así es como Jesús trata de explicar a sus discípulos el sentido de todo lo ocurrido. No es casualidad, no estamos ante un destino indescifrable: «*Esto es lo que os decía mientras estaba con vosotros: que todo lo escrito en la ley de Moisés y en los profetas y salmos acerca de mí tenía que cumplirse. Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras. Y añadió: -Así estaba escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día, y en su nombre se predicará la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto*». Estaba escrito, Dios lo tenía escrito en su plan de amor con el hombre. Dios nos ha pensado y nos ama. Creer en Dios es creer en su amor que nos guía. No obstante, **¡cuánto nos cuesta entender y creer en este amor providente!**

Nos cuesta mucho descubrir la bondad de Dios en nuestra vida. Nos cuesta percibir a un Dios que viene a nuestro encuentro porque nos ama. ¿Cómo entender el sentido de las enfermedades y de la muerte? ¿Cómo aceptar las injusticias y las desgracias? ¿Cómo callar ante tantas cosas que nos parecen inhumanas? ¿Cómo creer que el amor puede vencer el odio? Nuestras creencias determinan nuestro actuar. Vivimos, amamos y reaccionamos de acuerdo con los pensamientos que se han hecho fuertes en nuestro corazón. Si vemos en Dios un juez que exige, pide cuentas y castiga, actuaremos siempre con temor. Si creemos en un Dios ajeno a la suerte del hombre, nos olvidaremos de cuidar la amistad con ese Dios indiferente. Si creemos en un Dios de normas y mandamientos, al que sólo le interesa que cumplamos, nos olvidaremos de amarle y cumpliremos simplemente por obligación. Sin embargo, el Dios en el que tendríamos que creer es un Dios bueno, un Dios que es amor. Cuando es así, nos ocurre lo que dice el P. Kentenich: «*Podrán caer sobre nosotros uno tras otro los golpes del destino, porque estamos inmunizados. Dios es Padre, Dios es bueno, bueno es todo lo que Él hace*»⁵. Tenemos que aprender a ver a Dios en lo que nos ocurre y a descubrir su mano bondadosa detrás de todos los acontecimientos de la vida. **Cuando nos convencemos de esa verdad podemos vivir con una paz que viene de lo alto. Es la paz que Cristo sueña para nosotros.**

Sin embargo, no hay paz en nuestro corazón y las palabras de Jesús parecen dirigidas a nosotros: «*¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro interior?*» ¿Cuáles son las dudas y los miedos que hoy nos paralizan? Son muchos; tenemos miedo al futuro con sus incertidumbres, miedo a los imponderables que no controlamos, miedo a fracasar en la vida o a perder lo que con tanto cariño guardamos y cuidamos. Pero el P. Kentenich nos recuerda algo esencial: «*El instinto primordial esencial de la naturaleza humana no es el*

⁴ Joseph Ratzinger, “La sal de la tierra”, 137

⁵ J. Kentenich, “Las fuentes de la alegría”, 248

*temor, sino el amor*⁶. La vida siempre está llena de amenazas, pero quisiéramos que el amor fuera más fuerte que el temor. ¿Cómo será posible tener paz siempre, en todo momento? ¿No es cierto que muchas veces nos invade una cierta ansiedad ante la vida? El corazón se rebela ante lo que no puede controlar. Y la vida, normalmente, no se puede controlar. Decía Zelie, la madre de Santa Teresita: «*Lo mejor es poner todas las cosas en manos de Dios y esperar los acontecimientos con calma, abandonándonos en su voluntad*⁷. Pero no lo hacemos. ¿Cuáles son los miedos más profundos que no nos dejan caminar, esos miedos inconfesables, esas dudas, que nos cierran el paso a la vida? Dice Benedicto XVI: «*El miedo oprime el corazón e impide salir al encuentro de los demás, al encuentro de la vida. El Maestro ya no está. El recuerdo de su Pasión alimenta la incertidumbre. Pero Jesús ama a los suyos y está a punto de cumplir la promesa que había hecho durante la última Cena: «No os dejaré huérfanos, volveré a vosotros» (Jn 14, 18) y esto lo dice también a nosotros, incluso en tiempos grises: «No os dejaré huérfanos*». El miedo es vencido cuando tocamos la presencia de Jesús a nuestro lado, cuando dejamos de estar solos y ya no es necesario tenerlo todo bajo control para vivir con calma. Sin embargo, mientras el miedo domine el corazón y las puertas permanezcan cerradas por miedo a los enemigos y a la muerte, no avanzaremos. Quisiéramos poder tocar hoy a Cristo resucitado, recibir su paz, palpar sus heridas y su cuerpo glorioso, tratando de reconocer al amado: «*Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un fantasma no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo. Dicho esto, les mostró las manos y los pies*». Sentimos súbitamente una pequeña frustración al pensar que nosotros no podemos tocar a Cristo como los discípulos. Es como si ya no estuviera presente y surge la duda. Pensamos: «*Si hubiéramos vivido en aquella época hubiéramos creído con una fe más firme*». Pero no es cierto. Muchos en su tiempo no creyeron, no siguieron a Jesús. Su fe fue débil y prefirieron seguir otros caminos. Tal vez por miedo o por culpa de su ceguera. **Nosotros hoy queremos reforzar nuestra fe, queremos creer por encima de nuestras dudas y nuestros miedos.**

Pero muchas veces nuestras negaciones, nuestros temores y dudas, nuestras infidelidades, nuestro miedo inconfesable a dar la vida, brotan en el corazón y nos impiden soñar con lo imposible. Entonces nos olvidamos de nuestras promesas y repetimos la historia de traiciones. La misma historia que Pedro nos recuerda: «*El Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús, al que vosotros entregasteis y rechazasteis ante Pilato, cuando había decidido soltarlo. Rechazasteis al santo, al justo, y pedisteis el indulto de un asesino; matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos, y nosotros somos testigos. Sin embargo, hermanos, sé que lo hicisteis por ignorancia, y vuestras autoridades lo mismo; pero Dios cumplió de esta manera lo que había dicho por los profetas, que su Mesías tenía que padecer. Por tanto, arrepentíos y convertíos, para que se borren vuestros pecados*» *Hechos de los Apóstoles 3,13-15.17-19.* Y nos invita a convertirnos y a cambiar el corazón. Aquel que negó tres veces al Señor en el momento más difícil de la vida de Jesús, aquel que negó tener su acento, hoy nos alienta a perseverar, a creer más allá de las dudas y los miedos. Aquel que descendió a lo más profundo de la negación y se encontró con la mirada de misericordia del Señor, nos anima a cambiar de vida. Aprendemos hoy de la experiencia de Pedro, de su caída y humillación. Pero aprendemos sobre todo de su capacidad para mantener la mirada de Cristo. Es peor nuestra propia mirada que la de Cristo. **Nuestra mirada no tiene misericordia con nuestras debilidades y caídas. Sin embargo, la de Cristo logra levantar al débil.**

Pero es verdad que muchas veces nos limitamos a intentar no pecar. Es como si nos bastara para ser felices con no hacer las cosas mal. San Juan nos habla de nuestro pecado: «*Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis. Pero, si alguno peca, tenemos a uno que abogue*

⁶ J. Kentenich, “Las fuentes de la alegría”, 242

⁷ Hélène Mongin, “Santos de lo ordinario”, 58

ante el Padre: a Jesucristo, el justo. Él es víctima de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero. En esto sabemos que lo conocemos: en que guardamos sus mandamientos. Quien dice: -Yo lo conozco, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él. Pero quien guarda su palabra, ciertamente el amor de Dios ha llegado en él a su plenitud. En esto conocemos que estamos en Él» 1 Juan 2, 1-5. Nuestra vida va más allá de nuestro pecado. ¿No podríamos hacer muchas más cosas si dejáramos a Dios actuar en nuestra vida? Estamos llamados a algo más grande. Una persona me comentaba cómo aprendió a buscar los ideales en su vida. Caminando junto a un sacerdote él le explicó: «Si viéramos a Dios nos deslumbraríamos; el ideal personal de cada uno es como ver un poco de Dios en uno mismo». Y el sacerdote añadió, señalando hacia el sol: «Es como la imagen del sol». Entonces entendió que algo del sol brillaba en su interior. Así son los ideales que aumentan nuestra fe y nos permiten soñar. San Pablo llevaba ese fuego en su interior. La luz de Dios en él casi logra que Agripa se convierta: «Agripa contestó a Pablo: -Un poco más y me convences de que me haga cristiano. Pablo respondió: - Quisiera Dios que, con poco o con mucho, no sólo tú sino todos los que me escuchan hoy se hicieran como yo» Hechos 26, 28-29. El mensaje del Evangelio debería ser la fuerza que moviera nuestro corazón, la luz que iluminara nuestro camino. No podemos apagarla. Queremos entregar la vida en cada momento. **Nuestras obras son la luz de Dios.**

Cuando nos dejamos tocar por Dios, cuando vivimos en su presencia, nuestra vida se llena de esperanza y de luz en medio del miedo y la experiencia de pecado. Las palabras del salmo nos dan alegría y mucha paz: «Haz brillar sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor. Escúchame cuando te invoco, Dios, defensor mío; tú que en el aprieto me diste anchura, ten piedad de mí y escucha mi oración. Hay muchos que dicen: -¿Quién nos hará ver la dicha, si la luz de tu rostro ha huido de nosotros? En paz me acuesto y en seguida me duermo, porque tú solo, Señor, me haces vivir tranquilo» Sal 4, 2. 7. 9. La presencia de Jesús junto a nosotros nos da la paz que necesitamos. Nos permite vivir tranquilos. Y nos hace conscientes de nuestro potencial. En la película «Soy el número cuatro» el protagonista había recibido poderes que ni él mismo conocía para llevar a cabo su misión: «No somos conscientes de todo lo que podemos llegar a hacer». No nos damos cuenta de nuestro poder, nos quedamos paralizados ante esos miedos que nos ponen límites. Podemos hacer mucho más de lo que creemos. Podemos entregar a Dios con nuestras manos a los que no lo conocen. Somos hijos de la luz y nuestras obras han de ser obras de la luz. Decía el P. Kentenich, «deberíamos dar más importancia a ser verdaderos hombres solares. ¡Qué convincente tiene que ser para las personas el saber que nosotros mismos cargamos con un gran sufrimiento, vivimos siempre en la inseguridad humana y que, a pesar de eso, estamos de pie en la vida, frente a las dificultades y a los enemigos, con una serenidad soberana, humanamente madura, que no quiere simular exteriormente algo, sino que está también en nuestro interior!»⁸. En medio de las dudas y temores, los cristianos resplandecen por la luz que viene de Dios, no tienen luz propia. Dicen que nuestro cerebro está por explotar, que sólo utilizamos una parte muy pequeña de toda su capacidad. Es cierto. Pero lo mismo le ocurre a nuestra alma cuando está lejos de Dios. No nos conocemos en profundidad, no nos dejamos tiempo para ir a lo más hondo de nuestro ser. No sabemos todas nuestras potencialidades, todo lo que podríamos llegar a ser si permanecíramos siempre en Dios. **No nos damos cuenta del poder que tiene Dios en nosotros cuando nos dejamos habitar por Él, cuando le entregamos con humildad nuestro sí sencillo y confiado y caminamos a su lado.**

Cristo nos vuelve a entregar la paz que no poseemos, la paz que anhelamos en medio de nuestras dudas y temores: «En aquel tiempo, contaban los discípulos lo que les había pasado por el camino y cómo habían reconocido a Jesús al partir el pan. Estaban hablando de estas cosas, cuando se presenta Jesús en medio de ellos y les dice: -Paz a vosotros. Llenos de miedo por la

⁸ J. Kentenich, "Las fuentes de la alegría", 151

*sorpresa, creían ver un fantasma. Como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijeron: -¿Tenéis ahí algo que comer? Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos» Lucas 24, 35-48. Los discípulos descansan con el Señor y disfrutan el momento. Creo que a veces en la Iglesia cuidamos con esmero el tiempo de cuaresma y descuidamos la Pascua. La cuaresma es el tiempo de la renuncia, de la entrega, de la preparación del corazón para vivir con alegría la Pascua. Cuarenta días para preparar el alma. Pasan como un suspiro. La Iglesia no sólo nos pide que celebremos la Resurrección de forma especial a lo largo de los ocho días de la octava pascual. Nos regala cincuenta días para cuidar la alegría pascual. Sería una pena que viviéramos este tiempo sin dejarnos un tiempo especial cada día, aunque sea un momento, para disfrutar la alegría de la Pascua. Cuarenta días de espera y cincuenta para gozar de la presencia de Cristo. Aprendamos a disfrutar más de la cercanía de Dios. Nos sentimos como esos discípulos sorprendidos que se sientan a compartir el pescado con el Señor. **Es lo que quisiéramos hacer en este tiempo, cultivar la alegría, cuidar los momentos de paz.***

Pero hoy, de nuevo, queremos mirar a lo alto, queremos mira al cielo y descansar en el Señor. Queremos aprender a estar con Él, sin pretender nada más. Así define Jean Vanier su vida de oración: «*He podido ver que orar es, ante todo, morar en Jesús y permitir que Jesús more en mí. No se trata fundamentalmente de recitar oraciones, sino de vivir en el ahora del momento presente, en comunión con Jesús. La oración es un lugar de descanso y quietud. Cuando amamos a alguien, ¿no gozamos estando juntos, estando el uno en presencia del otro?*» Nos cuesta mucho buscar el silencio para estar a solas con Dios. Nos interesa demasiado lo terreno y deja de alimentarnos el mundo de Dios. Buscamos entonces la paz en una economía saneada, en un buen sueldo, en un seguro que nos asegure nuestro futuro, en una salud de hierro y protegida que nadie pueda poner en peligro. Cuidamos la alimentación, el deporte, nuestro físico, sin embargo, descuidamos nuestra alma. En esta época de crisis que sufrimos con incertidumbre, corremos el riesgo de dejar de buscar la paz en lo más alto. Por eso las palabras del P. Kentenich nos resultan muy acertadas: «*Somos conscientes de que defendemos una postura que la humanidad de hoy, orientada hacia lo terrenal, ya no comprende más. Con razón decía el Señor: -Donde está tu tesoro, ahí está también tu corazón. El mundo sólo se interesa por lo terrenal y por los valores terrenales; de ahí que su corazón esté también allí y sólo allí. Por eso todas las crisis modernas, tanto las económicas como las sociales o políticas, son, en el fondo, crisis espirituales. A la larga el hombre no podrá vivir más de puro pan sino que necesitará de algo superior, necesitará del espíritu, necesitará de Dios*»⁹.

Necesitamos centrarnos en ese Dios de nuestra vida que alimenta el alma.

María es la mujer pascual por excelencia. Representa la luz y la vida de esta Pascua. Benedicto XVI habla sobre Ella y la define como una mujer que ama: «*María es, en fin, una mujer que ama. Lo intuimos en sus gestos silenciosos que nos narran los relatos evangélicos de la infancia. En la delicadeza con la que en Caná se percata de la necesidad en la que se encuentran los esposos, y se lo hace saber a Jesús. En la humildad con que acepta ser olvidada en la vida pública de Jesús, sabiendo que el Hijo tiene que fundar ahora una nueva familia. Cuando los discípulos hayan huido, ella permanecerá al pie de la cruz. En Pentecostés serán ellos los que se agruparán en torno a ella en espera del Espíritu Santo*». María es el amor convertido en servicio, es la entrega incondicional, la fidelidad silenciosa. María nos educa para que aprendamos a amar con su delicadeza, con su respeto, con su libertad, con esa fidelidad sencilla de los pequeños detalles. Decía Einstein: «*Quien no es fiel en lo poco, no lo es en lo mucho, la vida se juega en los pequeños detalles*». María es fiel en lo pequeño y en lo grande. La fidelidad consiste en cultivar nuestro amor primero, en dejarnos enriquecer por el amor de Dios. María nos enseña a amar desde la humildad, desde la delicadeza que está atenta al desarrollo de la vida. **Aguardando en silencio e interviniendo sólo cuando es necesario.**

⁹ J. Kentenich, “Epístola perlonga”